m2
SUPLEMENTO DE VIVIENDA
DE PAGINA/12 AÑO 3 - Nº136
SABADO 8 DE SETIEMBRE DE 2001



diseño en palermo viejo

3 lenguajes 3





EL UNIVERSO LÚDICO DE CALMA CHICHA. ARRIBA, IZQ., PUFES PARA FUTBOLEROS. ARRIBA, DER., LÁMPARAS DE CHAPA Y VIDRIO. ABAJO, PERCHEROS CON GANCHOS DE HAMACAS PARAGUAYAS.



EL MUNDO O. ARRIBA, IZQ., LAS NUEVAS MESAS CAMPESTRES. DER., UTENSILIOS DE COCINA. ABAJO, MIMBRERÍA Y OBJETOS VARIOS. UN MIX DE COLORES QUE VA Y VIENE DEL BLANCO AL TIERRA.

MUEBLES Y OBJETOS EN PALERMO VIEJO

Diseño al por menor

Laura O., Net y Calma Chicha son tres ejemplos de la diversidad del circuito que concentra a los locales de diseño porteños. Muy diferentes uno del otro, tienen en común, sin embargo, la búsqueda de un lenguaje propio y la identidad marcada en los objetos que imaginan y producen.

POR SANDRA RUSSO

Diego Olinik, desde *Calma Chicha*, habla de olfato. Laura Orcoyen, desde *Laura O.*, habla de gestos. Ana Laura Birencwajg y Alejandro Sticotti, desde *Net*, hablan de ideas. El olfato, los gestos y las ideas de estos diseñadores se abren cada uno en un lenguaje diferente: *Calma Chicha* expresa, a través de sus pufes, sus sillones y sus objetos a la vez toscos y excéntricos, un espíritu atrevido, un aire sesentista reconvertido y estilizado. *Laura O.* exhala sus climas amables a través de esas mini instalaciones que prepara su dueña y que, sobre las mesas o en los rincones del local, hacen mucho más que mostrar un mueble: le permiten evocar circunstancias, le dan escala humana. *Net*, por su parte, con su aire más de carpintería exquisita que de local abierto al público, persiste en sus creencias obstinadamente, mucho más allá de lo que se supone que se debe vender: reina en la calle Godoy Cruz, en el límite del circuito deco, desde mucho antes de que el circuito existiera. En el enjambre de los locales de diseño que pueblan esas veredas arboladas del Palermo que antes de la vía sigue siendo Viejo, estos tres lugares lideran, cada uno en su estilo, una tendencia. Y así, el olfato del que habla Diego, los gestos de los que habla Laura y las ideas que expresan Alejandro y Ana Laura siguen su curso y recalan en la parte más honda de este negocio, que es lograr llegar a la vida cotidiana de la gente, y anidar en ella.

1. Chicha la calma

Diego Olinik es contador. Carla Bonifacio, su mujer, es diseñadora textil, igual que la socia de ambos, Lila Kullok. Los tres decidieron, hace cinco años, poner un negocio para vender las cosas que se les ocurrían. "En esa época este era un barrio tranquilo, el 39 todavía no pasaba por la puerta, nada hacía suponer que estas cuadras se poblarían así", dice Diego desde el galpón gigante que antecede, sobre Honduras, a la esquina de la Plaza Cortázar. "A veces nos dicen que somos una casa de decoración y eso molesta un poco: las casas de decoración tienen proveedores y venden lo que se les ocurre a otros. Nosotros tuvimos el olfato necesario para elegir este lugar antes de que se pusiera a tope, y usamos ese olfato también para producir nuestras cosas, porque es muy poco lo que se puede ver acá que nosotros no hagamos. Sí, están por ejemplo los dados de acrílico (clásicos dados de generala, pero en acrílico de colores), que son una pavada pero nos gustan mucho, o esas sillas (que llevan la firma de los británicos Lucien y Robin Day) de los sesenta, que siempre nos encantaron y que volvimos a poner de moda: las trajimos acá y ahora están por todas partes", dice Diego, entre los pufes de diversos tamaños, materiales y colores que son, junto a los BKF de cuero o loneta, los fuertes de *Calma Chicha*. "No inventamos los pufes, claro que ya existían. Pero todos se habían olvidado de ellos. Los empezamos a producir y ahora casi no hay lugar en el que no haya pufes. Eso nos pasa todo el tiempo: tener el olfato para hacer algo o redescubrir un mueble o un objeto del que nadie se acuerda, producirlo o traerlo, que se imponga y que de un día para el otro se empiece a ver en todos lados." Sobre el proceso de producción, Olinik aprovecha su retraso a la hora fijada para la nota y explica que "por ejemplo, esta mañana estuvimos con las chicas recorriendo curtiembres. Compramos cueros, pero todavía no sabemos en qué los vamos a usar. Los tiraremos sobre una mesa, los miraremos, y ahí seguramente algo se nos va a ocurrir". El suceso más notorio que protagonizó *Calma Chicha* no tuvo en su centro ni a un puf ni a un sillón sino a una cartera: las empezaron a producir hace cuatro años, de cuerina y, por manijas, cinta de rollo de cortina. El modelo fue agotadoramente copiado. Diego dice: "Un día en el subte, en un puesto, vi que las vendían y que había un cartel que decía 'cartera tipo Chicha'. Me dio un poco de rabia, pero también me halagó".

2. El mundo O.

Laura Orcoyen no suelta las palabras despreocupadamente: las medita, las busca, las reúne. Algo así hace también con los muebles y objetos que produce. En una recorrida por su enorme local de la calle Uriarte, muestra con delicadeza y orgullo sus nuevos cubiertos de cuero de vaca y alpaca, que mandó a producir respetando las formas de su origen rural pero dotándolos de un inequívoco toque *O.*: lo liso, lo simple, lo suelto, lo laxo son lo suyo. Laura se detiene en otros cubiertos de copetín que considera uno de sus últimos logros: son de ciervo, dice mientras los acaricia. Recién ahora, que ya hemos conversado y ella hace de guía en el local, se entiende por qué insiste tanto en que "el proceso que elijo no es el más fácil, pero es el mío". El lugar reúne objetos (teteras, soperas, platos, vasos, utensilios de cocina, blanquería, artículos para baño, grandes y pequeños muebles) que no por casualidad están ahí: sus diseños han sido reprogramados por Laura para ingresar al mundo Orcoyen. En uno de los estantes, ella señala unas paneras de esteros del Iberá: son las que uno recuerda con colores entretejidos y voladitos decorativos. Ella les pidió a los productores que las hicieran lisas. Quedó la forma base. La forma *O.*

Cuando, hace tres años, el local abrió sus puertas, sus mesas blancas con mármol de Carrara y sus generosos sofás enfundados en loneta de colores siempre neutros se impusieron. Ahora, Laura está rotando lentamente de estilo, yéndose hacia sus rincones interiores, que le reclaman, dice, otra cosa. Las nuevas mesas son macizas, y tienen cierto aire campestre que entona con los cubiertos gauchescos. Pero ahí, siempre arrimando, siempre conteniéndose en las formas. "Yo no sé si soy diseñadora, no diría, no inventé nada de la nada, no puedo mostrar un sillón o una silla y decir que lo diseñé yo. Lo mío es buscar esos gestos, esos detalles, esos





EL UNIVERSO LÚDICO DE CALMA CHICHA. ARRIBA, IZQ., PUFES PARA FUTBOLEROS. ARRIBA, DER., LÁMPARAS DE CHAPA Y VIDRIO. ABAJO, PERCHEROS CON GANCHOS DE HAMACAS PARAGUAYAS.



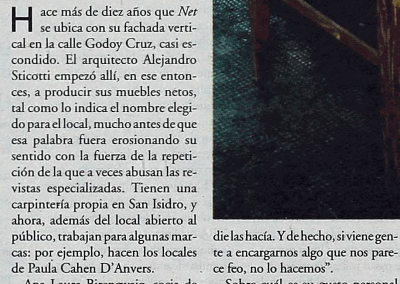






EL MUNDO O. ARRIBA, IZQ., LAS NUEVAS MESAS CAMPESTRES. DER., UTENSILIOS DE COCINA. ABAJO, MIMBRERÍA Y OBJETOS VARIOS. UN MIX DE COLORES QUE VA Y VIENE DEL BLANCO AL TIERRA.





DOS DE LAS PIEZAS DE LA NUEVA PRODUCCION DE NET. ARRIBA, UN PORTA CD REGULABLE. ABAJO, UNA DE LAS BANQUETAS DE LAPACHO Y CUERO TRENZADO.

FOTOS: ADRIAN PEREZ

MUEBLES Y OBJETOS EN PALERMO VIEJO

Diseño al por menor

Laura O., Net y Calma Chicha son tres ejemplos de la diversidad del circuito que concentra a los locales de diseño porteños. Muy diferentes uno del otro, tienen en común, sin embargo, la búsqueda de un lenguaje propio y la identidad marcada en los objetos que imaginan y producen.

POR SANDRA RUSSO

Diego Olinik, desde *Calma Chicha*, habla de olfato. Laura Orcoyen, desde *Laura O.*, habla de gestos. Ana Laura Birencwajg y Alejandro Sticotti, desde *Net*, hablan de ideas. El olfato, los gestos y las ideas de estos diseñadores se abren cada uno en un lenguaje diferente: *Calma Chicha* expresa, a través de sus pufes, sus sillones y sus objetos a la vez toscos y excéntricos, un espíritu atrevido, un aire sesentista reconvertido y estilizado. *Laura O.* exhala sus climas amables a través de esas mini instalaciones que prepara su dueña y que, sobre las mesas o en los rincones del local, hacen mucho más que mostrar un mueble: le permiten evocar circunstancias, le dan escala humana. *Net*, por su parte, con su aire más de carpintería exquisita que de local abierto al público, persiste en sus creencias obstinadamente, mucho más allá de lo que se supone que se debe vender: reina en la calle Godoy Cruz, en el límite del circuito deco, desde mucho antes de que el circuito existiera. En el enjambre de los locales de diseño que pueblan esas veredas arboladas del Palermo que antes de la vía sigue siendo Viejo, estos tres lugares lideran, cada uno en su estilo, una tendencia. Y así, el olfato del que habla Diego, los gestos de los que habla Laura y las ideas que expresan Alejandro y Ana Laura siguen su curso y recalan en la parte más honda de este negocio, que es lograr llegar a la vida cotidiana de la gente, y anidar en ella.

1. Chicha la calma

Diego Olinik es contador. Carla Bonifacio, su mujer, es diseñadora textil, igual que la socia de ambos, Lila Kullok. Los tres decidieron, hace cinco años, poner un negocio para vender las cosas que se les ocurrían. "En esa época este era un barrio tranquilo, el 39 todavía no pasaba por la puerta, nada hacía suponer que estas cuadras se poblarían así", dice Diego desde el galpón gigante que antecede, sobre Honduras, a la esquina de la Plaza Cortázar. "A veces nos dicen que somos una casa de decoración y eso molesta un poco: las casas de decoración tienen proveedores y venden lo que se les ocurre a otros. Nosotros tuvimos el olfato necesario para elegir este lugar antes de que se pusiera a tope, y usamos ese olfato también para producir nuestras cosas, porque es muy poco lo que se puede ver acá que nosotros no hagamos. Sí, están por ejemplo los dados de acrílico (clásicos dados de generala, pero en acrílico de colores), que son una pavada pero nos gustan mucho, o esas sillas (que llevan la firma de los británicos Lucien y Robin Day) de los sesenta, que siempre nos encantaron y que volvimos a poner de moda: las trajimos acá y ahora están por todas partes", dice Diego, entre los pufes de diversos tamaños, materiales y colores que son, junto a los BKF de cuero o loneta, los fuertes de *Calma Chicha*. "No inventamos los pufes, claro que ya existían. Pero todos se habían olvidado de ellos. Los empezamos a producir y ahora casi no hay lugar en el que no haya pufes. Eso nos pasa todo el tiempo: tener el olfato para hacer algo o redescubrir un mueble o un objeto del que nadie se acuerda, producirlo o traerlo, que se imponga y que de un día para el otro se empiece a ver en todos lados." Sobre el proceso de producción, Olinik aprovecha su retraso a la hora fijada para la nota y explica que "por ejemplo, esta mañana estuvimos con las chicas recorriendo curtiembres. Compramos cueros, pero todavía no sabemos en qué los vamos a usar. Los tiraremos sobre una mesa, los miraremos, y ahí seguramente algo se nos va a ocurrir". El suceso más notorio que protagonizó *Calma Chicha* no tuvo en su centro ni a un puf ni a un sillón sino a una cartera: las empezaron a producir hace cuatro años, de cuerina y, por manijas, cinta de rollo de cortina. El modelo fue agotadoramente copiado. Diego dice: "Un día en el subte, en un puesto, vi que las vendían y que había un cartel que decía 'cartera tipo Chicha'. Me dio un poco de rabia, pero también me halagó".

2. El mundo O.

Laura Orcoyen no suelta las palabras despreocupadamente: las medita, las busca, las reúne. Algo así hace también con los muebles y objetos que produce. En una recorrida por su enorme local de la calle Uriarte, muestra con delicadeza y orgullo sus nuevos cubiertos de cuero de vaca y alpaca, que mandó a producir respetando las formas de su origen rural pero dotándolos de un inequívoco toque *O.*: lo liso, lo simple, lo suelto, lo laxo son lo suyo. Laura se detiene en otros cubiertos de copetín que considera uno de sus últimos logros: son de ciervo, dice mientras los acaricia. Recién ahora, que ya hemos conversado y ella hace de guía en el local, se entiende por qué insiste tanto en que "el proceso que elijo no es el más fácil, pero es el mío". El lugar reúne objetos (teteras, soperas, platos, vasos, utensilios de cocina, blanquería, artículos para baño, grandes y pequeños muebles) que no por casualidad están ahí: sus diseños han sido reprogramados por Laura para ingresar al mundo Orcoyen. En uno de los estantes, ella señala unas paneras de esteros del Iberá: son las que uno recuerda con colores entretejidos y voladitos decorativos. Ella les pidió a los productores que las hicieran lisas. Quedó la forma base. La forma *O.*

Cuando, hace tres años, el local abrió sus puertas, sus mesas blancas con mármol de Carrara y sus generosos sofás enfundados en loneta de colores siempre neutros se impusieron. Ahora, Laura está rotando lentamente de estilo, yéndose hacia sus rincones interiores, que le reclaman, dice, otra cosa. Las nuevas mesas son macizas, y tienen cierto aire campestre que entona con los cubiertos gauchescos. Pero ahí, siempre arrimando, siempre conteniéndose en las formas. "Yo no sé si soy diseñadora, no diría, no inventé nada de la nada, no puedo mostrar un sillón o una silla y decir que lo diseñé yo. Lo mío es buscar esos gestos, esos detalles, esos pequeños cambios, recuperar algo que me recuerda a otra cosa, veo un plato y recuerdo una servilleta blanca que tenía, o veo un vaso y le pienso varios usos. No me gusta lo ostentoso. No me gusta lo que pretende. No me gusta que sobren cosas. No me gusta despilfarrar. Entre un gesto y el otro, puede ser que aparezca un lenguaje, ¿ves? Eso sí puedo decir de mí, que busco que las cosas tengan un lenguaje, y a veces, puede ser que aparezca un estilo. Le huyo a la moda, porque que algo se ponga de moda puede ser un accidente, pero que algo pase de moda no lo es: no era lo suficientemente sólido. Lo sólido queda."



3. Madera neta

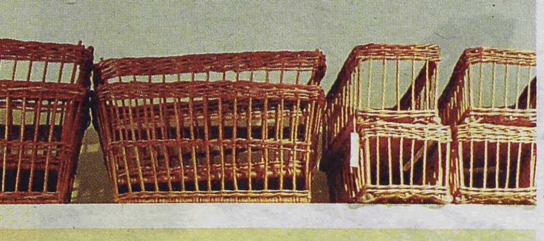
Hace más de diez años que *Net* se ubica con su fachada vertical en la calle Godoy Cruz, casi escondido. El arquitecto Alejandro Sticotti empezó allí, en ese entonces, a producir sus muebles netos, tal como lo indica el nombre elegido para el local, mucho antes de que esa palabra fuera erosionando su sentido con la fuerza de la repetición de la que a veces abusan las revistas especializadas. Tienen una carpintería propia en San Isidro, y ahora, además del local abierto al público, trabajan para algunas marcas: por ejemplo, hacen los locales de Paula Cahen D'Anvers.

Ana Laura Birencwajg, socia de Sticotti, dice que la diferencia entre las casas de decoración y los locales de diseño es que "aquí se vende lo que nos gusta a nosotros. No es el éxito comercial lo que se busca, aunque por supuesto que si se vende más, mejor. Pero buscamos otra cosa. No estamos viendo las tendencias y tratando de subirnos. Más bien, de aquí han salido tendencias. Alejandro hacía las bibliotecas columna que ahora están en todas partes cuando nadie las hacía. Y de hecho, si viene gente a encargarnos algo que nos parece feo, no lo hacemos".

Sobre cuál es su gusto personal en materia de materiales, Ana Laura no duda: claro que es la madera. No hacen ni imitación madera ni imitación mármol. Se especializan en "muebles modernos", afirma ella, aunque enseguida aclara que ése es apenas "un gran título". *Net* tiene lo que se llama clientela fija: gente que ha disfrutado de su servicio posventa, que se ha apegado a muebles que, por su sencillez, no han pasado de moda, y que vuelve.

Ahora, en la vidriera desprolija –con una desprolijidad casual, pero no exenta de cierto desdén por lo hiperdecorado– se ven las nuevas banquetas de madera con trenzados de diferentes cueros –crudo, tiento, piel–, y en una de las paredes se apoyan los percheros diseñados por Sticotti que *Net* produce en diferentes maderas macizas. Más allá esperan su turno para poder ser vistas desde afuera unas magníficas mesas-bandeja, hechas en lapacho y fórmica de colores apagados, seguramente los menos estridentes que hay en plaza.

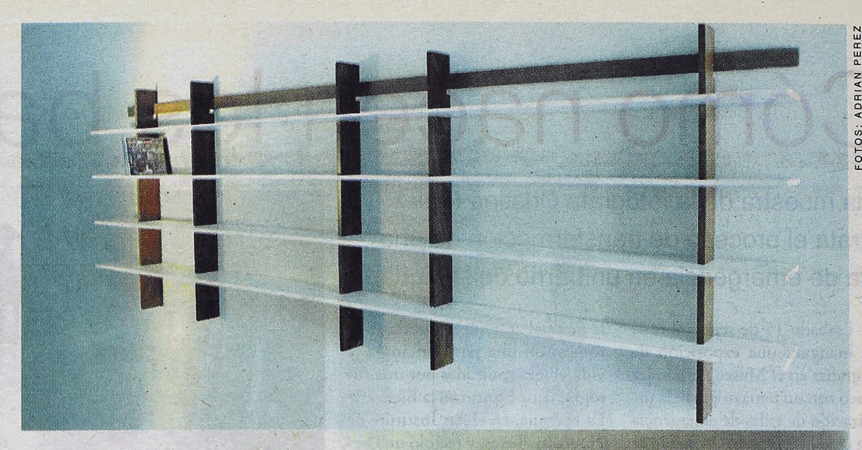












FOTOS: ADRIAN PEREZ

DOS DE LAS PIEZAS DE LA NUEVA PRODUCCION DE NET. ARRIBA, UN PORTA CD REGULABLE. ABAJO, UNA DE LAS BANQUETAS DE LAPACHO Y CUERO TRENZADO.



pequeños cambios, recuperar algo que me recuerda a otra cosa, veo un plato y recuerdo una servilleta blanca que tenía, o veo un vaso y le pienso varios usos. No me gusta lo ostentoso. No me gusta lo que pretende. No me gusta que sobren cosas. No me gusta despilfarrar. Entre un gesto y el otro, puede ser que aparezca un lenguaje, ¿ves? Eso sí puedo decir de mí, que busco que las cosas tengan un lenguaje, y a veces, puede ser que aparezca un estilo. Le huyo a la moda, porque que algo se ponga de moda puede ser un accidente, pero que algo pase de moda no lo es: no era lo suficientemente sólido. Lo sólido queda."

3. Madera neta

Hace más de diez años que *Net* se ubica con su fachada vertical en la calle Godoy Cruz, casi escondido. El arquitecto Alejandro Sticotti empezó allí, en ese entonces, a producir sus muebles netos, tal como lo indica el nombre elegido para el local, mucho antes de que esa palabra fuera erosionando su sentido con la fuerza de la repetición de la que a veces abusan las revistas especializadas. Tienen una carpintería propia en San Isidro, y ahora, además del local abierto al público, trabajan para algunas marcas: por ejemplo, hacen los locales de Paula Cahen D'Anvers.

Ana Laura Birencwajg, socia de Sticotti, dice que la diferencia entre las casas de decoración y los locales de diseño es que "aquí se vende lo que nos gusta a nosotros. No es el éxito comercial lo que se busca, aunque por supuesto que si se vende más, mejor. Pero buscamos otra cosa. No estamos viendo las tendencias y tratando de subirnos. Más bien, de aquí han salido tendencias. Alejandro hacía las bibliotecas columna que ahora están en todas partes cuando nadie las hacía. Y de hecho, si viene gente a encargarnos algo que nos parece feo, no lo hacemos".

Sobre cuál es su gusto personal en materia de materiales, Ana Laura no duda: claro que es la madera. No hacen ni imitación madera ni imitación mármol. Se especializan en "muebles modernos", afirma ella, aunque enseguida aclara que ése es apenas "un gran título". *Net* tiene lo que se llama clientela fija: gente que ha disfrutado de su servicio posventa, que se ha apegado a muebles que, por su sencillez, no han pasado de moda, y que vuelve.

Ahora, en la vidriera desprolija –con una desprolijidad casual, pero no exenta de cierto desdén por lo hiperdecorado– se ven las nuevas banquetas de madera con trenzados de diferentes cueros –crudo, tiento, piel–, y en una de las paredes se apoyan los percheros diseñados por Sticotti que *Net* produce en diferentes maderas macizas. Más allá esperan su turno para poder ser vistas desde afuera unas magníficas mesas-bandeja, hechas en lapacho y fórmica de colores apagados, seguramente los menos estridentes que hay en plaza.

Cómo nacen los barrios

Una muestra de la fotógrafa Cristina Fraire retrata el proceso de transformación de una villa de emergencia en un barrio de la ciudad.



El sábado 15 de septiembre se inaugura una exposición de fotografías en el Museo Fernández Blanco con un tema original: la urbanización de villas de emergencia en la ciudad. "Donde la Ciudad se interrumpe" es una colección de 150 fotografías de Cristina Fraire que registran el complejo proceso que se pone en marcha cuando se adjudican nuevas viviendas, se muda a familias, se construye un barrio y se forma un consenso entre estado y comunidad para definir cómo crear una nueva zona urbana. En las fotos de Fraire aparece, entonces, la desconfianza inicial con que se reciben estas propuestas y la gradual apuesta al cambio. Las tomas son una rara ventana a la vida villera realizadas por una fotógrafa que expuso en la Bienal de La Habana, en el Art Institute de Houston, Texas, y recibió una beca Guggenheim por su ensayo fotográfico "Pastores en el Fin del Milenio". Sus obras forman parte de las colecciones del Museo de Bellas Artes de Houston y de la Biblioteca Nacional de París.

("Donde la Ciudad se interrumpe", *auspiciada por la Comisión Municipal de Viviendas en el Museo Fernández Blanco, Suipacha 1422, martes a domingos de 14 a 19.)*

OPINION POR JULIO NUDLER

Retiro se olvidó de mí

Desde hace meses, como pasajero del Mitre (actual TBA), sufro la Estación Retiro. Las maravillosas obras de restauración (y reciclaje) se han olvidado por completo de mí. Me condenan a andar entre escombros y charcos, a caminar peligrosamente por la calzada de la avenida Ramos Mejía sin el menor reparo ante el desfile amenazante de colectivos, camiones, autos, motos. La idea es que yo me arregle como pueda. Nadie me manda depender del tren.

De modo que sólo me queda esperar que alguna vez la parsimoniosa obra se termine. Pero, si bien obligado a concentrar mi atención para sobrevivir a la aventura de acceder al andén o ganar la calle, algo he podido observar de lo que será Retiro doppo. Ya sé, por ejemplo, que se han cargado la entrada cochera, convertida en una galería de maxiquioscos o polirrubros, desvirtuando la función de ese otrora suntuoso acceso. Así que quien en el futuro llegue en taxi a la estación deberá apearse a la intemperie, y si llueve se mojará, y si porta maletas tanto peor para él.

También he podido advertir que la sala de espera de señoras desapareció, convertida ahora en un locutorio de Telefónica. Si las damas tienen que aguardar, que se acomoden donde puedan. Es más rentable cederle ese espacio público a una multinacional, que no ha sido capaz de rehusar hacerse cómplice del atropello. La reconversión de ese recinto también implicó arrinconar los baños de mujer, cuyo estado es deplorable, siendo los únicos existentes en un lugar por donde pasan miles diariamente.

Se supone que en el futuro habrá más toilettes, tanto para damas como para caballeros, en el interior de la cafetería-bar-restorán, pero probablemente reservados a la clientela (por más que las ordenanzas prevean lo contrario). Es obvio que la degradación social y humana en que vivimos no hace sencillo manejar estas cuestiones en los espacios públicos, y menos en una estación ferroviaria, pero quien se hace cargo debe intentar resolver el problema sanitario del mejor modo posible y no del peor, como ocurre en Retiro y preveo seguirá ocurriendo.

Salteándome otras observaciones críticas respecto de la puesta-en-valor de la terminal del antiguo Ferrocarril Central Argentino, creo que algunas palabras merece la "FM Tren", castigo auditivo que llega al pasajero desde las alturas. La obvia idea de esta iniciativa de TBA es generar un negocio más, aunque por ahora no resulte, bombardeando con propaganda a la gente. Supongo que esta emisora, pésima y además innecesaria porque agrega ruido donde ya hay bastante, ilustra sobre la concepción de servicio que tiene la empresa y sobre la inutilidad de los funcionarios públicos que deben controlarla.

CAL Y ARENA

Barrios que mejoran

El Programa de Mejoramiento de Barrios de la Secretaría de Políticas Sociales del Ministerio de Desarrollo Social inauguró esta semana obras por 4.600.000 pesos en barrios de Rawson, Cipolletti y General Roca, en las provincias de Chubut y Río Negro. Las obras de conexión a las redes cloacales, de agua y de electricidad, pavimento y construcción de sedes para organizaciones sociales afectan a 1200 familias de barrios carenciados de esas tres ciudades. El ministro de Desarrollo Social, Juan Pablo Cafiero, inauguró las obras acompañado por los gobernadores de Chubut y Río Negro.

Un premio por la salud

La Sociedad Central de Arquitectos anunció los ganadores de las cuatro categorías del Premio Nacional de Arquitectura para la Salud 2001 SCA-Aadaih, cuyo jurado estuvo compuesto por los arquitectos Biquard, Frangella y Moliné. En la categoría de obra nueva de hasta 1000 metros cuadrados fue premiado el Centro de Diagnóstico Urológico de los arquitectos Rudelir, Szuldman y Zambonini. En la categoría de más de 1000 metros ganó la clínica de la Asociación Mutualista de Empleados del Banco Provincia, proyecto del estudio Bischof, Egozcue, Vidal Arquitectos. En la categoría refuncionalización de hasta 1000 metros cuadrados, el primer premio fue declarado desierto, otorgándose el segundo al Centro Odontológico Dental System, de los arquitectos Pezzani, Lavalle y de Paula. Finalmente, en la categoría refuncionalización de más de 1000 metros cuadrados el primer premio fue compartido por tres proyectos: el del Instituto Quirúrgico del Callao, del estudio Alvarado/Font/Sartorio; el del Instituto Alexander Fleming, de Daitch, Fiszbein, Gentile Arquitectos; y el del Centro de Especialidades Médicas Ambulatorias CEMA, de los arquitectos Pantarotto, Caballero, Cáceres, Rodríguez, Seaglione y Utges.

